

su boca una queja, una murmuracion contra los que les habian hecho tanto mal: él fué el que suspendió allí ese crucifijo; allí es donde al partir para su querida patria nos dió el último adios: yo tengo de él esta imágen, aquella oracion que conservo como un don precioso, como una prueba de su amor por nosotros y como una adhesion inviolable á su fé. ¡Oh Santa Iglesia Romana, si algun dia yo te olvidara, entónces que mi lengua se pegue á mi paladar, que mi mano se paralice y seca perezca antes que yo pierda el recuerdo del Sacerdote que nos ha visitado en su destierro!

CAPITULO XV.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN LAS MISINES.

SAN FRANCISCO JAVIER.

Marchar á conquistar el mundo, encadenar á su carro triunfal á los reyes y á los pueblos vencidos, extender su dominio desde el Oriente hasta el Occidente, llenar la tierra con la fama de su nombre, y hacerla temblar solo á su mirada, todo esto nos parece una grande cosa. Y nada, en efecto, sería más glorioso que todo esto, si una huella de sangre no viniera á salpicar esa pompa triunfal, y si á las aclamaciones redobla-

das de la multitud no vinieran á mezclarse gritos de dolor.

Sin ser tan aplaudido, es más pacífico y más humano el triunfo que el Sacerdote católico alcanza en tierras lejanas, cuando arrebatado por un impulso sublime, va á instruir al ignorante, curar al enfermo, vestir al pobre desnudo, y sembrar la concordia y la paz entré naciones enemigas. Los mares, las tempestades, los hielos del polo, los calores abrasadores del trópico, nada le detiene: vive con los esquimales en sus tiendas de piel de vaca; se alimentan como el groenlandes, con el aceite de ballena: recorre la soledad como el tártaro y el iroques, sube sobre el dromedario como el árabe, ó sigue al cafre errante en sus abrasados desiertos; el chino, el japon, el indio oriental, se han hecho sus neófitos; no hay isla ó escollo, en todo el océano que haya podido escaparse á su] celo; y así como en otro tiempo los imperios faltaron á la ambicion de Alejandro, la tierra toda no basta para la caridad del Sacerdote. Es un espectáculo muy tierno para todas las clases de la sociedad ver á unos hombres, animados por el espíritu de la fé, dejar para siempre su patria y amigos, consagrarse por el resto de sus dias al cuidado de trabajar y cambiar el dogma de un pueblo que ellos

no han visto jamás, correr toda especie de peligros, sufrir todas las persecuciones, renunciar todas las comodidades de la vida y de la fortuna, recorrer inmensas florestas, habitar marismas insalubres, atravesar rios caudalosos, subir rocas inaccesibles, afrontar con naciones crueles, supersticiosas y celosas, vencer á unos en su ignorancia y barbárie, y á otros en sus preocupaciones contra la civilizacion: nada importa todo; el génio del Sacerdote católico no se arredra á tantos obstáculos. A fuerza de talento, perseverancia y oracion, á fuerza de lágrimas, humildad, estudio y caridad, él llegará á hacerse amar y proteger. (1)

(1) Ved la despedida de un salvaje del *Rio Rojo* (*América*), que dirige á *Manto negro* [*el Sacerdote*] con ocasion de su partida: ella prueba cuanto se estima y aprecia en aquel país al Sacerdote católico. Qué lejos estamos nosotros, filósofos soberbios, de aquellos puros sentimientos de la naturaleza.

“Padre nuestro, nos vais á dejar, y tenemos motivo para esperar que te volveremos á ver. Conozco muy bien el justo deseo que tienes de volver al lado de tus parientes, amigos, tus ciudades, tu país. Muy larga se

Triunfa de la desgracia de ser extranjero en un país en donde todo advenedizo está proscrito, y donde es un crimen haber abandonado el sepulcro de sus padres. Obtiene, en fin, estableci-

nos hará tu ausencia, y sin embargo, un invierno pronto pasa. Antes de separarte, hemos creído de nuestro deber reunirnos para expresarte lo que pensamos. En pocas palabras te lo expondremos. Llevábamos una vida llena de desórdenes, y ahora conocemos el precipicio á que corrimos. Teníamos una venda que cubria nuestros ojos, y tú lo has separado hasta ver ya la claridad del sol. Jamás olvidaremos lo que has hecho y sufrido por nosotros. Parte, pues, y dí al que ruega por todos que se compadezca de nosotros, que nosotros lo amamos sin conocerlo, que nos mande Sacerdotes: Anda, y dile que los salvajes saben tambien acordarse de los beneficios que se les hacen. Parte, y dile que ruegue tambien por nosotros, con el fin de que algun dia, conociéndonos en el cielo, vayamos á residir juntos en la habitacion de nuestro Padre comun. Anda, pero vuelve á instruir á los que has bautizado, no nos dejes para siempre en la afliccion. Parte, pero en la inteligencia que yéndote nos quedamos contándote los dias,

mientos necesarios para la propagacion de su fé, sin emplear su crédito, ni su influencia para procurarse su ventaja personal.

Que un hombre á vista de todo un pueblo y en presencia de los suyos y de sus amigos se exponga á una muerte segura por su patria, lo concibo; convierte algunos dias de vida en siglos de gloria, ilustra su nombre, ennoblece su familia, y quizá alcanzará y dejará riquezas y honores á los que le sobrevengan. Pero que el Sacerdote católico vaya á consumir sus dias en el fondo de un país extranjero, á morir con una muerte afrentosa, sin testigos, sin gloria, sin ventaja temporal, ni para él, ni para los suyos, menospreciado, tratado de loco, de fanático, y todo esto nomas para proporcionar la felicidad eterna á un salvaje desconocido; esto sobrepuja á todas las concepciones humanas, y no se explica sino por la fé.

El sábio que se consagra al progreso intelectual, que se expone á los peligros de un viaje lejano para iluminar los horizontes de la ciencia, tiene derecho á nuestra admiracion, el público le es deudor de todas sus vigiliass, de todas y cada una de las palpitaciones de su corazon. Y ¿no os parece más bello, más admirable un Sacerdote católico que disfrazado con el traje del ex-

trangero se aventure en una frágil barquilla, aborde á cualquier oscuro país, consuele á un pobre desgraciado tendido sobre la paja, distribuya limosnas en nombre de Jesucristo, y haga el bien, como otros hacen el mal, ocultándose en la sombra? (1)

La ceremonia de la partida es sublime: se celebra el sacrificio del altar, al terminar el cual se pronuncia una tierna y conmovedora alocucion. El pontífice de la fiesta es de ordinario uno de aquellos misioneros que han residido por mucho tiempo en los países á donde son enviados los jóvenes sacerdotes. Sus cabellos han emblanquecido en medio de sus trabajos apostólicos, y podrian mostrar sus cicatrices conque han quedado señalados en los cometes. Se besan los piés de los misineeros que van

(1) Hablando de nuestras misiones católicas, no presentamos más que el lado religioso: por lo que respecto á las artes, la ciencia, el comercio, remitimos á nuestros lectores al 4.º vol. del Génio del cristianismo donde el autor describe con gusto y maestría las ventajas que han procurado á la Sociedad bajo este aspecto.

á partir; se les abraza y se les deja para no volverlos á ver sino en el cielo.

Como todas las misiones y en todas partes sean poco más ó ménos las mismas, ofreciendo el mismo carácter, hablaremos solo de una, y esta las reunirá á todas, la de las Indias y el Japon, por el Ilustre Francisco Xavier, modelo del misionero católico.

Figúrese un pueblo vencedor, errante de mar en mar, llevando la esclavitud de playa en playa, avasallándolo todo con un nuevo género de armas y de combates, haciendo consistir la gloria más bien en dar leyes que en obedecerlas. Un pueblo nómada que no tiene freno contra la violencia, contra la licencia y el desborde de las costumbres, contra el menosprecio de la equidad, la sed del oro y todos los vicios, en los que no tienen límites. Que entre todas las vías de enriquecerse la usara es la ménos odiosa; el concubinato público es el libertinaje ménos execrable; los hombres y las mujeres son arrebatados como las béstias, y vendidos al más vil precio; los asesinatos se cometen al aire libre, y los crímenes lejos de desaparecer, los cuentan entre sus triunfos: donde la justicia se vende en los tribunales y con tal que el culpable tenga con qué comprar á sus jueces, está seguro de vivir impunemente

en sus crímenes. Apenas Xavier ha pasado sus miradas sobre tales escenas de horror, cuando comprende fácilmente que en vano se esforzaria á convertir en los indios á la fé si primero no hace cesar tales escándalos; entónces llora, gime. A cuantos sacrificios se ha entregado luego añade las austeridades, la penitencia. Al mismo tiempo que instruye al pueblo ruega á Dios en secreto, y no dejaba su oratorio y su crucifijo, sino para ir á ejercer su caridad. Los pobres, son sobre todo, los hijos de su predileccion, Del asilo de los enfermos que asiste y alimenta con el pan de la limosna que recoge de puerta en puerta, penetra hasta las tenebrosas prisiones para consolar á los criminales que la justicia humana tiene en ellas cautivos. Por doquiera esparce el buen olor de N. S. Jesucristo. Instruye, corrige á todos, da ejemplo. . . . Me parece oírle al declinar la tarde, recorriendo las calles de la ciudad con una campanilla en la mano, gritando con una voz fuerte y lúgubre. *Roguemos, roguemos por la conversion de los pecadores.*

Admirados de una vida tan santa y de una caridad no conocida hasta entónces, los Indios vuelven á la religion que habian abandonado: los niños, estos arbolitos tan flexibles, se impresionan desde luego á la vista de tanta virtud;

pronto aprenden á bendecir á Dios levantando sus manecitas al cielo. En lugar de los cantos obscenos que hasta entónces se les habia enseñado, su boca no se ocupa en sino de las alabanzas al Señor. De los niños pasan estas prácticas de religion á los padres, que muy pronto sé avergüenzan de ser ménos religiosos que sus hijos: á medida que la religion renace, las costumbres son ménos disolutas; la buena fé, la justicia, comienzan á mostrarse sin avergonzarse, y poco á poco aparecen con todo su brillo. El amor reúne á los corazones más enemistados. En fin, en poco tiempo, el celo de Xavier obra tan gran cambio, que sin faltar á la verdad se podrá decir que una colonia cristiana se ha trasportado á aquellas islas. Los mahometanos, los sacerdotes idólatras se convierten á la fé católica nomas á la simple vista de aquel santo misionero.

Los pensamientos de Xavier desde entonces son más elevados; el teatro que ha recorrido, y del que ha cambiado la escena, no es ya bastante para él: la China, aquel grande imperio que no conoce la ley de Jesucristo, con cuyo fuego está abrasado su corazon, necesario es que la abrasase y penetre tambien de ella. En vano se le representan todas las dificultades que se oponen á tan vasto designio; nada importa; parte,

pues, solo, sin otra escolta que Dios, sin otra arma que su cruz de madera desnuda, sin otros recursos que su caridad. Detente, Xavier, detente, el Señor ha aceptado el nuevo sacrificio que acabas de ofrecerle: basta; es lo último que de ti se te exige; y á impulsos del celo que lo devora, fuéstopor lo que con una santa resignacion aceptó la órden de no pasar más adelante. ¡Qué sublimes son las palabras que salen de su boca moribunda! ¡Qué amor por la gloria de Dios y la salvacion de sus hermanos! En una miserable cabaña, tendido sobre unos juncos silvestres, las manos juntas, y sus ojos vueltos al cielo, exclama devorado por el amor que lo consume, y como quejándose con Dios de la ceguedad de los chinos, y considerándose como culpable. «¿Y la China, Señor, la China, quién la sacará de las tinieblas de la idolatría?»—Apenas habló y redoblando su confianza en Dios, dejó de existir. Su muerte fué el más dulce tránsito de la vigilia al sueño. A esta noticia, todos los países que habia evangelizado fueron sobrecogidos de la más profunda tristeza. La naturaleza misma, se dice, no fué ménos sensible á su muerte. Un concurso numeroso se apiñó al derredor de su cuerpo; y muchos milagros se obraron sobre su tumba.

Entonces se vió un espectáculo digno de ad-

miracion eterna. De en medio de la multitud que se apiñaba, un hombre se adelanta con respeto: en su frente espaciosa, en sus profundas arrugas, en su paso vacilante, se reconoce al anciano, tiempo hace gastado por pasiones funestas, pero tranquilo y feliz ahora, por una virtud y una religion tan benéfica. Levanta noblemente su mano derecha: todo el mundo guarda silencio. «Escuchad, exclama, vosotros todos, ¡oh insulares y extranjeros, quien quiera que seais: este dia nos convierte á todos en hermanos. Soy de la costa de la Pesquería. Entregados á nosotros mismos, no teniamos otro dios que nuestras pasiones, otra ley que el libertinage y la fuerza bruta, otra felicidad que la turbacion de una vida errante. Nos reuniamos solo para robar, asaltar y plagiar, y no nos separábamos sino hasta que nuestros deseos estaban satisfechos. El gran Padre se apareció entre nosotros, y comenzamos á conocer á Dios, amarle, servirle y á educar dignamente á nuestros hijos y á vivir como gentes honradas.»—Dijo, y enjugó gruesas lágrimas, é inclinándose sobre el ataud puso en él una corona de conchas, y se retiró.

Un segundo reemplaza al que acaba de hablar llevando en la mtno un cetro y en la otra una

maza á manera de cimitarra: iba acompañado de una guardia numerosa: era el rey de Travancor.

“Una tropa de enemigos, dijo, invadió mis Estados; venia á arrebatármelos, precipitandome por lo mismo en la más afrentosa miseria: habló el profeta de Dios, y aquel ejército se disipó como la sombra ante la luz. Bendito seas para siempre ¡oh tú Salvador, de mi existencia y de mi gloria! Recibe pues este cetro, porque más digno eres tú que yo de llevarlo.—Y lo depuso, colocándolo sobre el féretro así como la maza; é inclinándose, desapareció.

Se presenta un tercero; es un jóven: en su elevada estatura, en su aire marcial, en las condecoraciones que brillan en su pecho y en la espada que abraza su diestra, se reconoce desde luego al guerrero.—“Grande hombre y gran santo, exclamó: sin tí nunca hubiera gozado de las luces del cielo: un crimen habria terminado vergonzosamente con mi existencia. Acepta, pues, esta espada que has arrancado de mi pecho. Todavía más: mi vida entera la consagraré al servicio de aquel Dios que forma héroes como tú.”—Dijo, y colocó al lado del Sacerdote su espada, sus condecoraciones, y se retiró golpeándose el pecho y recitando una oracion que el misionero le habia enseñado.

Una mujer, en fin, vino á terminar aquella solemnidad; timidamente se adelanta llevando de la mano á un niño: Al contemplar al Sacerdote, cae de rodillas, hora un instante en silencio, y despues levantando la voz: “Angel de Dios, exclama, yo te saludo; tu corazon generoso vió el oprobio á que estábamos condenadas todas las de mi sexo: vírgenes, éramos violadas; esposas, éramos vendidas; viudas, éramos despreciadas; tú solo has tenido compasion de nosotras: has hablado, y todo ha cambiado. Tu palabra ha fijado amorosamente el corazon de nuestras esposas, la virginidad ha sido respetada; somos ya ahora las compañeras, las amigas del hombre. Que tus recuerdos y virtudes vivan por siempre entre nosotros.”—Dijo, y levantando á su hijo en los brazos, lo ofreció al santo y se retiró. Y despues de todo ésto reinó un profundo silencio, como si cada uno estuviera oyendo la voz del misionero.

Los restos del hombre fueron confiados á la tierra, pero el génio del Sacerdote católico reinó en las Indias y en el Japon hasta que la política de las cortes, las pasiones de los hombres, ó la voz quizá de Dios lo llamaron á regenerar otros países ¿Por qué ha sido necesario que el precio

de tantos sudores esté hoy casi perdido para aquellos pobres insulares y que hoy no se perciban ya en aquellos países ni las más ligeras huellas de las virtudes de Xavier? Silencio..... El dedo de Dios anda aquí.....

CAPITULO XVI.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN CHINA.
MONSEÑOR BORIE, MISIONERO.

Nos parece mejor transcribir aquí la carta de un misionero apostólico desde Ton-King. Ella muestra en su mayor grado la abnegacion, el celo, la paciencia del Sacerdote católico en sus trabajos entre una nacion supersticiosa é inmoral. Resume tambien toda lá vida de aquellos pobres evangélicos. Hela aquí:

“Quereis que os hable de mí; pues bien, sabed que me encuentro perfectamente, conservo el recuerdo de vuestra casa y de todas las buenas